

A DOCE PASOS

Juan David Gómez Zúñiga

Con cada paso que daba, Santiago sentía que no iba a ser capaz de contarle a nadie lo que había pasado. Aquello no lo había experimentado nunca en su vida. Era viernes, pero el fin de semana ya estaba arruinado y él caminaba cabizbajo por las calles del barrio.

Entonces, en una de las esquinas avanzó justo en frente de la tienda del señor Fabio, uno de los más antiguos vendedores del sector. Cuando lo vio, el tendero le lanzó, casi burlándose, un comentario que recibió como una patada en la espinilla: “Por la cara que traes, las cosas salieron muy mal”.

Santiago se detuvo, pero no contestó. Antes de mirar al tendero, echó un vistazo hacia sus lados como asegurándose de que nadie hubiese escuchado el comentario. Pensó también en devolverse y continuar el camino hacia casa por una ruta distinta. En momentos como ese, lo que menos quería era contestarle algo a alguien; y mucho menos tener que darle explicaciones al señor Fabio. Entonces intentó darse vuelta y tomar otro camino fuera de su vista, pero un nuevo comentario fue más rápido que su decisión de cambiar el rumbo: “El que gana es el que goza. Ley universal, Santi”.

Ya acorralado, el muchacho solo pudo hacer un temeroso contacto visual con el vendedor y le respondió, con un tono de voz igual de retraído al de su mirada, que nada de lo sucedido había sido por mala intención. El tendero soltó una carcajada, pero luego hizo un gesto que indicaba solidaridad hacia el jovencito. Y no dijo nada más. Después de todo, Santiago era apenas un muchachito de 13 años y en sus ojos avergonzados había reconocido su propio pasado: el de su infancia transcurrida en ese mismo barrio, pues más de una vez también había regresado de la escuela con un rostro igual de desencajado como ese que tenía en frente.

Santiago, acongojado y desalentado, continuó caminando con un rumbo distinto. Lo que más deseaba era que ese día, el mes y hasta el año escolar completo terminase lo más pronto posible. No quería regresar a la escuela nunca más

en su vida. El solo hecho de pensar en el lunes de la semana siguiente le producía sudoración en las manos. ¿Con qué cara iba a mirar a sus compañeros de clase, que además eran sus amigos, después de lo que había pasado?

Entonces, luego de alejarse algunas cuerdas de casa, encontró un parque solitario ideal para pensar en todo lo sucedido. Se sentó sobre uno de los juegos infantiles y secándose algunas lágrimas sobre su cara, deseó profundamente, como nunca antes, que nadie jamás hubiese inventado el fútbol.

Y volvió a recordarlo todo:

Lo primero en aparecer fue la imagen de los profesores, reunidos alrededor de la cancha principal de la escuela, segundos antes de que empezara el juego. Luego llegó la imagen de los estudiantes de los demás cursos que también habían llegado hasta el campo con golosinas y bebidas para ver el partido. Recordó también los uniformes de sus compañeros cuidadosamente lavados y sus guayos limpios, perfectos para la competencia. Por último, zumbó en su memoria la imagen de las mallas de ambas porterías completamente blancas, nuevas, mandadas a comprar por el rector de la escuela especialmente para ese día de la final del torneo interclases entre los grados noveno y décimo.

“Solo es un partido de fútbol”, le dijo su mamá esa mañana al despedirlo mientras observaba su mirada nerviosa y terminaba de cerrar su maleta escolar. Junto a ella, la sonrisa cómplice de su padre le confirmaba que lo de ese día era mucho más que un partido de fútbol.

Con cada recuerdo, Santiago empezaba a balancearse sobre uno de los columpios del parque, mientras aumentaba el ruidoso sonido de sus cadenas cada vez que las bases de hierro rozaban ante el movimiento. El parque seguía solitario, en medio de un solazo de mediodía que solo era contenido, justo en la zona de juegos, por la sombra de un árbol enorme. Entonces empezó a recordar también las imágenes siguientes, la de los guayos sucios y el olor espeso de los uniformes sudados.

Cuando el grado décimo anotó el primer gol, recién empezando el partido, todos pensaron que los mayores iban a ganar por goleada. Pero no fue así. El profesor de educación física de la escuela pitó el final de la primera parte: 1-0 el marcador. Los más grandes se miraron unos a otros como desconcertados, y no se dijeron casi nada en el entretiempo. Al otro lado, los de noveno se reunieron rápidamente detrás de uno de los

arcos de la cancha y se sentaron todos en el suelo, menos uno: Santiago. Era el capitán del equipo y uno de los mejores jugadores. Por eso pidió la palabra. “Alguna vamos a tener”, fue lo único que dijo.

El columpio del parque que soportaba el balanceo de Santiago se movía cada vez más rápido y las bases de hierro oxidadas hacían mucho más ruido. Los recuerdos del juego continuaban en la mente del jovencito, uno tras otro, tan dolorosos como puntapiés en los tobillos o rodillazos en los muslos. Lo siguiente que llegó a su mente fue el final de todo.

Faltaba poco más de un minuto para que el partido acabara. Ninguno de los equipos había anotado más goles y las palabras de Santiago en el entretiempo hacia sus compañeros parecían cumplirse. Hubo un tiro de esquina a favor de noveno. Casi todos, en manada, subieron a buscar el centro que venía desde el córner. Los dos centrales, los volantes de primera línea, el creativo, los extremos, el delantero de área y Santiago, todos estaban atentos esperando la llegada aérea del esférico. El balón, finalmente, fue bastante mal lanzado y no pasó cerca de ninguno de los jugadores, pero en medio del trayecto hacia la zona lateral del campo el sonido del pito del árbitro lo cambió todo: agarrón evidente mientras el balón viajaba por el aire y el profesor de educación física lo había visto todo. Penalti a favor de noveno faltando apenas algunos segundos para el pitazo final.

Entre los alegatos del equipo rival transcurrieron algunos minutos, de manera que el cobro del penalti iba a ser la última jugada del partido. Mientras tanto, por el parque donde se encontraba el muchachito pasó un perro callejero, miró a Santiago y siguió de largo asustado por el sonido chillón que expulsaba el columpio.

En ese momento recordó haber agarrado el balón para llevarlo hasta el punto de cobro, a doce pasos del arco. “Alguna vamos a tener”, recordó.

Sudoroso y con la respiración apresurada, se paró frente al balón y miró al portero rival. Tuvo algunos segundos para pensar. Los pocos penaltis que había cobrado en su vida, los había pateado abajo, a la mano izquierda del portero. Pero el arquero de décimo era hábil para llegar a esa esquina del arco y ya lo había demostrado en un par de partidos anteriores.

Eso lo hizo dudar. El árbitro dio la orden para el cobro: Santiago emprendió carrera hacia el balón. Al fondo, los gritos ensordecedores de los asistentes habían cesado de momento y todo el ambiente se reducía

“«Solo es un partido de fútbol», le dijo

su mamá esa mañana al despedirlo”

a un murmullo tenso y al sonido espantoso de aquel columpio en ese parque solitario.

El disparo salió con potencia hacia el arco. El arquero rival, contrario al diagnóstico que había hecho, se la jugó hacia su mano derecha. Los pocos murmullos habían desaparecido por completo. Ahora todo era silencio. Santiago apretó los dientes, como haciendo fuerza para que el balón no siguiera elevándose hacia el travesaño. Fueron pocos segundos, pero el trayecto de la bola se hizo demasiado largo. El columpio en el que reposaba estaba llegando a su punto máximo de resistencia. El óxido le estaba pasando factura a las bases de hierro, pero el recuerdo de ese momento en la cancha de fútbol parecía hacerle ignorar el peligro.

En medio del silencio de la cancha y del ruido en el parque, de la tensión de todos alrededor del campo y de la soledad pasmosa de los juegos infantiles, de la expectativa de los jugadores de ambos equipos y del sonido aturdidor del columpio, hubo dos ruidos simultáneos: ¡CLANC!, se escuchó en el parque y en el recuerdo de Santiago.

Algunas palomas sostenidas sobre las ramas del enorme árbol cercano volaron despavoridas, como también volaron las que reposaban esa mañana en los árboles cercanos a la cancha de fútbol de la escuela. El balón se había estrellado contra el palo horizontal del arco y el columpio se había roto por completo, aventando el cuerpo de Santiago con violencia contra la tierra.

En ese momento, el muchachito pensó, antes de regresar cojeando a casa, que los dolores del alma son peores que los del cuerpo y que un penalti errado en el minuto 89 es mucho más doloroso que cualquier hueso roto. ●